

¿POR QUÉ REESCRIBIMOS LA HISTORIA? SOBRE EL DESPROPÓSITO DE UN RELATO DEFINITIVO DEL PASADO*

Verónica Tozzi

I. ¿Qué impulso nos lleva a contar el pasado? ¿Quién es el sujeto de la narrativa historiográfica para el cual ella cumple una función vital? ¿El reconocimiento de un sujeto 'interesado' en relatar el pasado compromete inevitablemente la objetividad del discurso histórico? Estas y otras preguntas han poblado largamente los libros de filosofía de la historia y debemos reconocer que las respuestas ofrecidas tendrán consecuencias para el actual debate realismo-antirrealismo histórico, tal como se ha dado en lo que se conoce como "nueva filosofía de la historia".¹ Es innegable que tales cuestiones ocasionan y han ocasionado gran controversia, sin embargo, me gustaría destacar que en los últimos 25 años y gracias al "giro narrativista" en la filosofía de la historia, algo se ha avanzado tanto en el logro de ciertos acuerdos como en la determinación al menos de lo que se está disputando. Justamente, la vertiente ficcionalista de la 'nueva filosofía de la historia', movimiento que debe su origen e inspiración a la conocida obra *Metahistoria, La imaginación*

* Versiones previas de este escrito fueron leídas en el V Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía, Nuevas tendencias en filosofía, Bariloche, Junio de 2000, en el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebap) y en el Departamento de Ciencia Política de la USP, el 11 y 12 de junio de 2001 respectivamente. Quiero agradecer especialmente a Cicero Araujo (USP) por haberme invitado a exponer mi trabajo y por sus valiosos comentarios así como a Concepción Roldán por su atenta lectura y las correcciones sugeridas. Agradezco también a la/el referi de la Revista Latinoamericana quien permitió mejorar definitivamente el trabajo. Por último quiero agradecer a Marcelo Chiantore, Nicolás Lavagnino y Cecilia Macón, integrantes de mi equipo UBACyT F14 (2000), en el marco del cual se realizó esta investigación.

1. La expresión es de Ankersmit (1986).

histórica en la Europa del siglo diecinueve, de Hayden White,² ha dado lugar a un verdadero programa de investigación acerca de los procesos y mecanismos de carácter poético-textual que funcionan en la construcción de los discursos historiográficos. Ahora bien, aunque el enfoque textual ha contribuido al reconocimiento de las dimensiones moral y estética de los trabajos históricos como irreductibles a la dimensión descriptiva no permite apreciar la conexión que ambas dimensiones tienen con el pasado al que tratan de interpretar. La equiparación de historia y literatura y el rechazo a considerar a aquella una ciencia social se debe a la aceptación acrítica de concepciones estrechas de teoría científica que promueven como ideal de cientificidad las teorías ahistóricas y libres de valores. Según ello, la ingerencia de valoraciones morales en las conceptualizaciones históricas sólo puede tener consecuencias perjudiciales, esto es, resultan distorsivas de la realidad pasada y síntoma de su subdesarrollo. Paradójicamente es en las ciencias sociales, específicamente en la teoría social, donde encontramos un análisis de la conexión no distorsionadora que conceptos y categorías sociales, de carácter práctico-moral, guardan con la realidad. Esa particular conexión de los conceptos con sus referentes ha sido llamada ‘interacción’ por parte de Ian Hacking y Roy Bhaskar y “estructuración” por Anthony Giddens. En el presente trabajo, mostraremos como estas aproximaciones nos permitirán argumentar a favor de tres hipótesis acerca de la relación de interacción y su aplicación a la epistemología de la historia, pues dicha relación: I) ofrece una explicación adecuada de la historicidad (y cambio a través del tiempo) de los conceptos usados en las narrativas históricas, II) se propone como una alternativa a la tan criticada noción de “representación” para dar cuenta de la relación entre conceptos y aquello a lo que se aplica y III) puede constituirse como una alternativa viable a la vertiente ficcionalista del narrativismo, evitando la adopción de un realismo ingenuo.

La manera más sugestiva y eficaz de aproximarse al debate es concentrarnos en algunas preguntas típicas a las que los narrativistas intentan responder y en torno a las cuales transitan sus acuerdos y desacuerdos. Por supuesto, doy por descontado que ellas no agotan el repertorio de problemas que les preocupa aunque son suficientemente representa-

2. El original en inglés es de 1973. La edición castellana, que citaré en adelante, es de 1992.

tivas de los mismos como para hacer un balance del estado de la cuestión y avanzar en las hipótesis propuestas.

1. ¿Por qué nos interesa contar el pasado?
2. ¿Quiénes somos nosotros, aquellos necesitados de relatar lo que ocurrió a nosotros y a los otros?
3. El reconocimiento de un sujeto con un interés práctico moral en relatar el pasado, ¿inevitablemente convierte a toda narrativa histórica en un artificio ideológico legitimador del presente y distorsionador del pasado?
4. ¿Detrás de toda narrativa histórica siempre hay un sujeto nosotros al que le interesa contar el pasado para legitimarse?
5. ¿Qué papel juega el historiador en la construcción de las narrativas? Esto es, autor o simple relator.
6. ¿Por qué es inevitable la reescritura de la historia?

En lo que sigue haré un análisis de los logros y límites de la aproximación narrativista en epistemología de la historia para responder a las preguntas formuladas.

II. Hay cierto acuerdo entre los participantes en la disputa al menos en las dos primeras. Esto es, nos interesa contar el pasado porque nuestra identidad personal y colectiva es un producto histórico y, cómo sea tal identidad definida y redefinida, quién hace la definición y por qué, es algo que necesitamos saber. Hay también consenso (sólo que de un tipo inestable) en cuanto a que la práctica de narrativización³ es un fenómeno histórico-cultural limitado aunque ampliamente extendido en el mundo occidental contemporáneo. Las diferencias son más bien de carácter fáctico, algunos consideran que su origen puede rastrearse a la tradición judeo-cristiana, otros la ven como una expresión de la exagerada conciencia histórica que alcanza al pensamiento europeo en el siglo XVIII.⁴ Ahora bien, dado su carácter constitutivo de la identidad y

3. La expresión pertenece a Hayden White (1992) y será explicada en el cuerpo del presente artículo.

4. Por ejemplo, para citar algunos, Ricoeur (1995) y Le Goff (1991), págs. 10-11 se encuentran entre los que ven como culturalmente extendido el impulso narrativo. David Carr, (1986) dado que tiene un concepto más técnico de relato, lo limita a nuestra cosmovisión occidental.

extendido en nuestra cultura contemporánea, su función práctico-moral es extensamente asumida por todos. Con respecto a las cuatro cuestiones restantes la discusión continúa acaloradamente hasta hoy. Mi objetivo aquí es ofrecer de modo programático una respuesta a cada una de ellas. Pero antes será conveniente exponer los aportes teóricos de dos importantes narrativistas contemporáneos de opuesta posición frente al tema: Hayden White y David Carr, con el fin de aclarar los términos en que se desarrolla la polémica. Mi elección se origina en el hecho de que ambos autores proporcionan teorizaciones antagónicas acerca de la relación entre la historiografía académica y la forma narrativa de su discurso. Su objetivo final se dirige a dilucidar si tal forma es ficticia o realista. Dichos autores provienen de tradiciones de investigación diferentes y de diferentes ámbitos disciplinares. El trabajo de White, un historiador intelectual, se aboca a mostrar la imposibilidad de distinguir relatos históricos de los de ficción. Carr, filósofo de tradición fenomenológica, ofrecerá elementos para rescatar el carácter referencial del relato histórico. El punto de controversia entre White y Carr discurre fundamentalmente en torno a la relación entre el discurso narrativo y la vida individual, por un lado, y a la relación entre la narrativa histórica y el pasado histórico-social o colectivo, por el otro. La manera en que cada autor entiende estas relaciones tendrá consecuencias para la cuestión del estatus cognitivo de los relatos historiográficos.⁵

Hayden White desarrolla dos estrategias de análisis: una de carácter formal-estructuralista del texto histórico y otra de carácter histórico-contextual que relaciona diferentes formas de escribir historia con diferentes situaciones históricas. Veamos la primera. En *Metahistoria*, la obra que lo hizo conocido, se analiza la estructura narrativa propia de los grandes trabajos historiográficos y de filosofía de la historia del siglo diecinueve. Es aquí donde aparece por primera vez expuesta su bien conocida teoría del discurso histórico llamada tropología. La di-

5. Ya que mi intención aquí es presentar dos posiciones claramente opuestas en torno a la relación narrativa histórica y pasado humano, he dejado sin discutir a Paul Ricoeur para evitar entrar en consideraciones de tipo interpretativo acerca de este autor. Pues, tanto White (1999) como Carr (1986) coinciden en ubicarlo en una posición cercana al propio White, es decir, Paul Ricoeur (1995) no reconoce la estructura narrativa de la experiencia y la acción humana, sino que la describe como pre-narrativa.

mención explícita de cualquier discurso histórico, esto es, su modo de explicación (organicista, mecanicista, formalista o contextualista), sus compromisos ideológicos (radical, liberal, conservador, revolucionario), las diferentes formas de narrar (romántica, trágica, satírica o cómica) y, finalmente la forma de combinar todas estas opciones, se explican en última instancia, por referencia a un nivel precrítico, poético y constructivo. Este nivel está constituido por diferentes modos de prefiguración discursiva provenientes de la literatura, los llama tropos y son cuatro: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Su carácter prefigurativo se manifiesta en que determinan la posterior elección de estrategias por parte del historiador, pues gracias a ellos los elementos del caótico registro histórico pueden ser conceptualizados como para ser conformados en una narración. White aclara muy bien que su enfoque es textual y formalista y concluye que al analizar las narrativas históricas como lo que efectivamente son, textos, ellas no se distinguen en nada de las narrativas ficcionales. Si bien, el trabajo de White en este punto es profundo, no logra captar el estatus teórico del mismo, específicamente, el estatus teórico de los tropos. Pues, por un lado, ellos son elevados al nivel de “universales culturales” y en cuanto tales White afirma correctamente que son tanto inventados como descubiertos. Sin embargo, por otro lado, White nos deja con esta interesante intuición en el plano metafórico sin aclarar por qué pueden portar este carácter dual.⁶

La segunda estrategia la encontramos desarrollada en “El valor de la narrativa en la representación de la realidad” (1992) donde White adoptando una actitud irónica salta del texto al contexto para ofrecer una explicación histórico-contingente de la asociación entre el conocimiento del pasado y su expresión en forma narrativa, asociación que él llama ‘narrativización’.⁷ Con tal denominación pretende distinguir el simple

6. Hayden White, 2003. (La versión original es de 1982)

7. “... el tropo de la ironía [...] afirma en forma tácita la negativa de lo afirmado positivamente en el nivel literal, o lo contrario. [...] es en cierto sentido metatropológica, porque se despliega en la conciencia autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo.” (White, 1992, págs. 45-46) “Por eso las caracterizaciones del mundo expresadas en el modo irónico a menudo son vistas como *intrínsecamente* refinadas y realistas. [...] intrínsecamente hostil a [...] explicación formista, mecanicista y organicista.” (Ibid. pág. 46) Es decir, favorecerá el contextualismo, el mismo que White utiliza en este artículo.

contar o relatar una historia, una actividad que abiertamente adopta una perspectiva y, por otro lado, un discurso que finge hacer que es el pasado el que habla en forma de relato. (Véase pág. 18) Pero, dice White, si la narrativización consiste en darle a los acontecimientos reales la forma de relato, es lícito preguntar, ¿cuál es la función cultural del discurso narrativizante? (véase pág. 20) La respuesta White la encuentra en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel,

“En resumen, cuando se trata de proporcionar una narrativa de acontecimientos reales, hemos de suponer que debe existir un tipo de sujeto que proporcione el impulso necesario para registrar sus actividades” (pág. 27) “... el verdadero sujeto de este registro es el Estado,... Cuando no hay imperio de la ley, no puede haber ni un sujeto ni un tipo de acontecimiento que se preste a representación narrativa. ...nada es posible sin una noción de sujeto legal que pueda servir de agente, agencia y tema de la narrativa histórica. (...) Pero una vez que hemos reparado en la íntima relación que Hegel sugiere que existe entre ley, historicidad y narratividad, no nos puede sorprender la frecuencia con que la narratividad, bien ficcional o real, presupone la existencia de un sistema legal contra o a favor del cual pudieran producirse los agentes típicos de un relato narrativo.” (pág. 28)

En definitiva, su rastreo histórico devela la necesidad de moralizar subyacente a toda narrativización. Concluye, de este modo, que la creencia en que la narrativa representa acontecimientos reales surge del deseo de que éstos muestren la coherencia, integridad, plenitud y clausura de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria. (pág. 24) En suma, White deriva el carácter ficticio de la narrativa a partir de un relato proporcionado por él en el que muestra 1) la contingencia de la asociación historia académica y expresión narrativa y 2) el carácter fundamentalmente moral de esta alianza, es decir la asociación está motivada en la búsqueda de legitimación pretendida por un sujeto social. En este sentido, los historiadores participarían de, u obedecerían a, ese propósito, por lo cual, la historiografía científica y la “popular” o comunal, cumplirían la misma función y serían igualmente distorsionadoras.

Una consideración alternativa nos la ofrece David Carr en *Time, Narrative, and History* (1986). A través de un cuidadoso y extenso estudio fenomenológico de la experiencia y la acción, muestra que nuestras vidas, individual y colectivamente, están estructuradas narrativamente. La narrativa académica de los historiadores, dirigida a relatar la experiencia y la vida de los sujetos colectivos, es una continuación, en el pla-

no teórico, de aquello que se da en el práctico. Su análisis se dirige a develar, en primer lugar, la temporalidad inherente a la experiencia y la acción individuales y a destacar que esta organización temporal no es la de una mera secuencia.⁸ Esto constituye un primer paso en contra de la tesis “imposicionalista” atribuida a White.⁹ En segundo lugar, Carr desentraña la estructura narrativa inherente a la experiencia y la acción individuales, ahora bien, no sólo aduce que acción y experiencia están estructuradas narrativamente por contar con comienzo, medio y final,¹⁰ sino también por la posibilidad de un interjuego entre diferentes puntos de vista, el de relator, el actor y la audiencia. (Véase 1986, capítulo 2, & 3) Ahora bien, la extensión de este análisis acerca de la estructura narrativa de la vida de los sujetos individuales a los sujetos colectivos, aquel que más interesa a la historia, será posible si indagamos más profundamente en torno a la manera de concebir tal colectivo. Para ello debemos abandonar la perspectiva de la primera persona singular con la que estuvimos efectuando la descripción fenomenológica, y movernos hacia la de la primera plural: *nosotros*. Vivimos, esto es, experimentamos y actuamos también como “nosotros”.

8. “Según Husserl, aún la experiencia más pasiva involucra no sólo la retención de lo ya pasado sino también la anticipación tácita, o lo que él llama la proyección, del futuro. Su punto no es simplemente que tenemos la capacidad psicológica de proyectar y recordar. Su afirmación es la aseveración conceptual de que no podemos aun experimentar nada que ocurra, como presente, excepto contra el trasfondo de lo que sucedió y de lo que anticipamos que sucederá.” (1998, pág. 141) En nuestra vida activa también tenemos una conexión preteórica y pretemática con el pasado y el futuro. “... ¿no hay un parentesco entre la estructura medio-fines de la acción y la estructura comienzo-medio-fin de la narrativa? En la acción estamos siempre en el medio de algo, cautivos en el suspenso de la contingencia que se supone encuentra su resolución en la completitud de nuestro proyecto.” (ibid., pág. 142)

9. Para una exposición detallada de esta denominación de la posición de White, véase Norman (1991).

10. Carr no niega la posibilidad de que la coherencia narrativa de la vida personal se rompa, aun ella es el *standard*, tanto en el sentido de que es lo normal, como en el sentido de un criterio desde donde mirar o analizar lo que se desvía hacia el caos y no al revés. Es más, la coherencia narrativa debe verse como un logro y una lucha contra el siempre amenazante caos. (1986, págs. 90-91)

“Somos participantes en grupos, y nuestra comprensión mejor de su naturaleza puede venir de una reflexión sobre lo que significa participar. Lo que me conmociona de la vida social es el alcance al cual un individuo toma parte en las experiencias y se compromete en las acciones cuyo propio sujeto no es el individuo mismo sino el grupo. Habitar un territorio, organizar política y económicamente su cultivo y civilización, experimentar una amenaza natural o humana y sobreponerse a enfrentarla –éstas son experiencias y acciones que usualmente no son atribuibles propiamente a mí solo, o al yo, tú y otros considerados individualmente. Ellos pertenecen más bien al nosotros: no es mi experiencia sino *nuestra*, no *yo* quien actúa sino *nosotros* que actuamos en concierto.” (1998, pág. 147)

Esto es, la narrativa o el narrar en tanto actividad es constitutiva de la vida y no impuesta desde afuera a una experiencia y acción vividas como mera secuencia temporal. Los sujetos, individual y colectivamente, actúan y experimentan su vida de modo narrativo y se ven inmersos en grupos constituidos narrativamente, es decir, que comparten una historia común.

“Una comunidad existe, donde una consideración narrativa existe de un *nosotros* que persiste a través de sus experiencias y acciones. Tal consideración existe cuando logra articularse o formularse –quizás por sólo uno o unos pocos de los miembros del grupo– por referencia al *nosotros* y es aceptada o suscrita por los otros.” (1986, pág. 148)

La idea de sujeto comunal o comunidad, como una forma particular de sujeto colectivo, está inspirada en la noción de *Geist* de Hegel la cual describe, cuando lo introduce en la *Fenomenología*, como “un yo que es nosotros, un nosotros que es yo”.¹¹ Sin embargo, señala Carr, todavía no accedimos a la historiografía, pues el historiador conoce la diferencia entre las consecuencias intencionadas y las reales de la acción (porque

11. En G. W. F. Hegel, *Phenomenology o Spirit*, transl. A. V. Miller (Oxford, 1877), 110. (Citado por Carr, 1998, pág. 150) “Al describir la comunidad de reconocimiento mutuo, Hegel insiste tanto sobre la pluralidad como sobre la subjetividad y agencia de la unidad social, y la comunidad no es opuesta a los individuos que la conforman sino que existe precisamente en virtud de su consciente reconocimiento entre ellos y consecuentemente de ella.” (Carr, D. 1998, pág. 150)

se interesa por acciones y acontecimientos ya acabados). (Véase Carr, 1986, pág. 171) Debemos por tanto dar un paso más y abandonar la perspectiva de la primera persona –sea singular o plural– y de la descripción de un interés y una función esencialmente prácticos de la narrativa en la constitución de tales identidades. Ahora sí, nos ubicamos en la perspectiva de la tercera persona y nos abocamos a la constitución de narrativas con un interés cognitivo antes que práctico –esto es lo propio del historiador académico. Ahora bien, Carr, a diferencia de White y Ricoeur, admite los reclamos de la Escuela historiográfica de Annales acerca de que no toda historiografía es narrativa en carácter. La narrativa se focaliza en acciones y experiencias de individuos pero la historiografía académica también reconoce que lo que es importante en la sociedad y determina las acciones y experiencias de las personas son los factores económicos y sociales subyacentes.

“Contra lo que piensa Ricoeur, historia genuinamente no narrativa existe, por ejemplo, Huizinga y Pirenne, pero tales relatos nos cuentan acerca de los establecimientos y circunstancias en los que pueblos y comunidades existieron y en los que actuaron, experimentaron y así se proyectaron en el tiempo.” (ibid.)

Por lo cual, no debe concluirse en la exigencia de eliminar una forma de escritura a favor de la otra o en la imposibilidad de que sean vistas como complementarias. Pero lo más importante a destacar es que, las características propias de la narrativa, la organización principio, medio y fin, la coherencia y la adopción de puntos de vista, no son importadas desde el discurso a la vida. Hay continuidad de forma con la perspectiva de la primera persona singular en la vida del individuo y la primera persona plural en la vida de los grupos comunales. En este nivel la narrativa es literalmente constitutiva del grupo y del individuo. En otras palabras, la conexión que como sujetos individuales y colectivos tenemos con nuestro pasado humano es narrativa. La actividad narrativa, por tanto, es práctica antes de llegar a ser cognitiva o estética en la historia o la literatura.

Podemos ver luego de esta exposición que a pesar de la diferente visión que detentan los autores acerca del estatus cognitivo de la narrativa histórica, sus estrategias convergen en un punto, en el haber recurrido al tratamiento por parte de Hegel acerca del tipo de sujeto histórico que da origen a la alianza entre la historiografía y la forma narrativa de

su discurso. Carr y White no acuden a las mismas obras de Hegel. Carr a la *Fenomenología del espíritu* y White a las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, pero el propósito es el mismo, ya que es en ese sujeto (el estado moderno o la comunidad) –que necesita contar su historia pues, narrándola, se constituye a sí mismo– donde se cruza lo real y lo construido, lo objetivo y lo subjetivo. Pero, sus caminos finalmente se bifurcan: para White la narrativa es una *imposición* de una estructura ficticia sobre un pasado no estructurado. Para Carr la estructura narrativa *refiere* a la forma en que los sujetos estructuran sus propias vidas. Sin embargo, a pesar de estas tesis contrarias creo que ambos planteos adolecen de una carencia común: una adecuada descripción de la relación entre aquellos procesos no-narrativos y los narrativos. Me parece que White no logra dar un marco coherente a esta dualidad objetivo-subjetivo, fáctico-moral de las narrativas históricas. En otras palabras, es el carácter moral el que es visto como distorsionador. En cuanto a Carr, su tratamiento acerca del carácter constitutivo de la vida por parte de la narrativa es tanto constructivo como referencial y además tiene el mérito de admitir procesos no intencionados que perturban y amenazan la coherencia de nuestras vidas constituidas narrativamente. En todo ello su análisis es básicamente correcto, constituye un buen caso contra el positivismo y el ficcionalismo que sólo ven en la narrativa pura forma discursiva no vivida.¹² Sin embargo, tiene dos carencias. Por un lado, no da cuenta de la relación entre esos procesos no narrativos y la narrativa, esto es, cómo los procesos de construcción de narrativas comunales modifican las historias objetivas al mismo tiempo que su producción es constantemente interferida por los procesos objetivos. En suma, ya que la narrativa tiene esta función constitutiva, puede ser interesante abstraerse de la perspectiva narrativa para explicar su función constitutiva. Por otro lado, Carr sólo ha mostrado la continuidad de forma y no de contenido entre el discurso y la vida, y entre la narrativa vivida y la narrativa académica. Carr no ha intentado mostrar la posible continuidad de los conceptos utilizados por los sujetos en su vida vivi-

12. En la filosofía analítica de la historia afín a la concepción hempeliana de la explicación científica (el modelo de la cobertura legal), la forma narrativa no era apreciada como explicación adecuada por su ausencia de leyes. En este reparo al carácter científico de la narración es que se manifiesta una continuidad entre el narrativismo ficcionalista y la tradición hempeliana.

da individual y colectiva con los conceptos teóricos utilizados en la narrativa historiográfica. Ya sean éstos clasificatorios de grupos de personas como de períodos históricos. Es decir, no ha tratado la cuestión en torno a la manera en que también el contenido de la narrativa, aquello de lo que habla, se relaciona con el pasado.

En suma, en algún punto White y Carr dejan oscura, mas no negada, la relación entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo construido y lo real, en fin, entre el contexto y el texto. Es decir, reconocen la relación pero no la describen, ofrecen una detallada descripción de la dimensión constructiva, pero no dan cuenta de la dimensión no constructiva. En definitiva, no logran desterrar el problema sino hacerlo más acuciante, no sólo queda no explicada esa relación, sino oscurecida.¹³ Creo que las carencias de ambas posiciones se deben al hecho de enfocar sólo la cuestión de si la coherencia narrativa como discurso es un *reflejo* o no de vidas vividas coherentemente y no han explorado otro tipo de relación entre la narrativa y la vida individual o colectiva. Para develar esta relación debemos dar un paso más y analizar el *estatus* y funcionamiento de los conceptos y categorías que dan vida y contenido a las narrativas históricas. Es por ello que exploraremos ciertos desarrollos en la teoría social contemporánea ya que nos ofrecen un modo de dar cuenta de la relación narrativo-no narrativo y hasta complementar los logros narrativistas, por ejemplo, dar cuenta del potencial crítico-emanipatorio y no solo legitimador del discurso historiográfico. Las razones de por qué el narrativismo en filosofía de la historia no ha considerado relevante la teoría social para explicar la relación entre historia relatada e historia vivida son varias y variadas. Subyace a este desinterés el re-

13. En una posición intermedia, encontramos a Ricoeur para quien la vida, el ámbito práctico moral, es pre-narrativo, entendiéndolo por ello que no es narrativo pero pide ser narrativizado. En el plano moral la discusión hereda los debates propios del ámbito de la filosofía práctica. Ahora bien, no es justo dar la idea de que hay dos polémicas paralelas: una epistemológica acerca de la relación entre relato y pasado humano, y otra ético-moral acerca de la justificación de valores y normas morales. En realidad la disputa discurre fundamentalmente en torno a cuál de las tres dimensiones del relato histórico: cognitiva, práctica y estética es primaria y/o determinante de las otras dos. O, si en la búsqueda de la realización de intereses cognitivos lo moral debería ser eliminado y lo estético limitarse a un papel ejemplificador o didáctico subsidiario.

uerdo del rechazo por parte de *Annales* de la narrativa en reclamo de una historia más científica. Es tal vez este énfasis en la científicidad lo que impide al narrativismo valorar las posibilidades explicativas que la teoría social ofrece. Veamos pues qué tiene para decirnos.

III. En *The Social Construction of What?* (1999), Ian Hacking analiza la particular relación que algunos conceptos mantienen con las personas, con la introducción de la noción de clase interactiva en su discusión con el “construccionismo social”. Como él señala, el propósito del discurso construccionista social aplicado a un cierto X (puede ser un objeto o una idea) no es tanto señalar su carácter *social*, algo obvio en el caso de las entidades sociales, sino desenmascarar su supuesto carácter natural, mostrando justamente su carácter construido. Sin embargo, el defecto del discurso de la construcción social es que sugiere un camino de una vía: la sociedad (o algún fragmento de ella) construye una ‘enfermedad’ o un ‘desorden’ o una ‘institución’, construcción que resulta perjudicial pues la enfermedad o el desorden o la institución no existen realmente como son descritos o no existirían a menos que fueran descritos). Al caracterizar los conceptos sociales como clases interactivas (propiedad que no poseen las clases naturales) y desplazar el discurso de la construcción, Hacking hace referencia a lo que en otro lugar llamó *looping effect*, efecto bucle,¹⁴ esto es, ya que las clases pueden interactuar con lo que es clasificado, es decir, producir un cambio, la clasificación misma puede ser *modificada* o *reemplazada*. Esto es, el nuevo conocimiento acerca de “lo criminal”, “el abuso infantil”, “la mujer refugiada” llega a ser conocido por las personas clasificadas y *cambia* la forma en que los individuos se comportan y se revierte (*loops back*) para forzar cambios en la clasificación y el conocimiento acerca de ellos. (Véanse págs. 104-105) Hacking afirma rescatar una *calle de dos direcciones* o un *laberinto de callejones que se interbloquean* y avanzar hacia una resolución dinámica más que semántica de la relación entre conceptos y cosas. (Véanse págs. 115-116) En 2002 expresa “Me pienso a mí mismo como un ‘nominalista dinámico”, interesado en cómo nuestras prácticas de nombrar interactúan con las cosas que nombramos –pero podría igualmente llamarme un realista dialéctico, preocupado por las interacciones entre lo que hay (y lo que llega a ser) y nuestras concepciones de ello”. (pág. 2)

14. Hacking, 1995.

A mi entender, el discurso de la interacción hace explícito como, en el proceso de producción de un concepto aplicado a personas, la interacción con el mundo se da en dos sentidos: por un lado, la señalada por el propio Hacking, cambios de práctica por parte de las personas al *saberse* clasificadas pueden provocar la redefinición o cambio (sustitución) del concepto. Las clasificaciones de los seres humanos interactúan con los seres humanos que son clasificados, pues las personas siempre se consideran a sí mismas como de una clase o rechazan clasificaciones que les son impuestas. Lo que es conocido acerca de las personas de una clase puede llegar a ser falso porque las personas de esa clase han cambiado en virtud de lo que ellas creen acerca de sí mismas. (pág.34)¹⁵ Pero, por otro lado, también se producen cambios en las circunstancias: es decir, las clasificaciones no existen sólo en el espacio vacío del lenguaje sino en instituciones y prácticas, y las interacciones con las personas clasificadas ocurren en matrices que incluyen elementos sociales y materiales (diarios, documentos, edificios) y personas, las clasificadas o descritas por dichos conceptos y las que rodean a dichas personas. Por ejemplo, la clase “mujer refugiada” no es sólo un tipo de persona, es también una entidad legal usada por trabajadores sociales, activistas y la propia mujer refugiada, en escuelas, albergues, oficinas migratorias, etc. Tales entidades materiales pueden tener que ser modificadas o reemplazadas por causa del cambio conceptual producto del cambio de práctica, pero también las personas que están involucradas en esa matriz pueden tener que modificar su *status* o hasta ser reemplazadas. (Véase pág. 103)¹⁶

15. Al respecto señala Hacking, las personas son autoconscientes, capaces de autoconocimiento, agentes morales potenciales para los cuales la autonomía ha sido tema central, quarks y tripéptidos no. Por supuesto, no hay límites firmes y lo no humano puede ser cada vez más investido con cualidades morales: ecosistemas, especies, etc. Sin embargo, el modelo de lo moral permanece firmemente enraizado en valores humanos y la potencial autoconciencia. Como las personas tienen COGNOSCIBILIDAD acerca de como son clasificadas, además de clasificarse a sí mismas, ellas pueden enterarse de como son clasificadas y cambiar su conducta a partir de ello. Pueden hacer elecciones tácitas o explícitas, adaptarse o adoptar formas de vida como para encajar o salirse de la clasificación. Estas elecciones, adopciones o adaptaciones tienen consecuencias para el propio grupo y para el tipo de persona que es invocada. (Véase pág. 59)

16. Algunos ejemplos de Hacking: en el caso del “niño hiperactivo”, la interacción entre el niño y la clase ocurre en la matriz mayor de instituciones y

El modelo transformacional de la realidad social o de la conexión persona-sociedad, desarrollado por Bhaskar, encuentra puntos de contacto con el enfoque de Hacking. Según este autor, puede sostenerse, por un lado, que en un sentido la relación entre las estructuras sociales y el conocimiento que los actores tienen de ellas no es distinta de la que sustentan los procesos naturales y el conocimiento que los agentes tienen de ellos, pues en ambos casos se da una independencia existencial entre la realidad social o natural y el conocimiento de ellas. Sin embargo, por otra parte, en las ciencias sociales, es posible sostener la independencia existencial de las estructuras sociales, mientras concedemos que hay una interacción causal entre sujeto y objeto de conocimiento: "... las relaciones sociales son *existencialmente independientes* del conocimiento pero *causalmente interdependientes* con él ... no causalmente independientes de los procesos por los cuales son conocidas." (1979, pág. 60)¹⁷

La teoría de la estructuración de Giddens también expresa ideas similares. Los seres humanos no crean las relaciones sociales sino que éstas los preceden pero con sus prácticas ellos reproducen y producen las relaciones sociales, de modo tal que con su actuar llevan a reestructurar y hasta transformar las relaciones sociales en las que están involucrados. Según este autor, una adecuada comprensión del agente social debe reconocerle su cognoscibilidad (un conocimiento tácito, no discursivo de sus prácticas y relaciones sociales) y su capacidad (la posibilidad

prácticas que rodean esta clasificación. Igualmente sucede al hablar de la construcción social de las mujeres refugiadas, lo que se construye es la idea de 'mujer refugiada', lo que a su vez tiene la mayor importancia por sus consecuencias, por ejemplo, para la mujer clasificada así. Pero lo construido no es la mujer individual sino todas las mujeres refugiadas como una clase de mujer, la clasificación misma y la matriz. (Véase pág. 11) Ahora, como dice Hacking, hablar de construcción y no de interacción es resaltar sólo una vía.

17. Por razones de espacio no desarrollaré en extenso la posición de Bhaskar aquí, sólo me interesa destacar su estrecha relación con Hacking. Para un detallado análisis acerca de la relevancia de la concepción de Bhaskar para la historiografía ver Tozzi, Verónica, "Una explicación realista crítica de las controversias historiográficas: Roy Bhaskar y la intransitividad del pasado histórico.", en Cuadernos de filosofía, N° 47, pp. Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, otoño 2000. Por otra parte, la conexión Giddens y Bhaskar es establecida por ellos mismos.

de actuar de otra manera).¹⁸ En definitiva, los tres autores destacan el importante hecho de que el conocimiento por parte de los actores acerca del modo en que son ellos mismos conceptualizados, puede llevar a cambiar las prácticas que sustentan dichas conceptualizaciones, causando entonces un cambio conceptual acorde con la nueva práctica. Pero también la nueva práctica reconceptualizada comporta cambios en la matriz de elementos materiales y sociales que conforman las relaciones sociales. En otras palabras, que hay interacción entre las personas es obvio, lo particularmente novedoso del tratamiento de Hacking y que permite profundizar las aproximaciones de Bhaskar y Giddens, es sostener que también hay interacción entre conceptos y personas.¹⁹

Uno de los últimos trabajos de Hayden White parece acercarse a estas consideraciones teóricas. En "Auerbach's Literary Theory. Figural Causation and Modernist Historicism" (1996), White cree encontrar en la historia modernista de la literatura de este autor, un concepto apropiado de realismo, el "realismo figurativo", y una noción más adecuada de causalidad, la "causalidad figurativa". Esta última describe el procedimiento por el cual los historiadores relacionan acontecimientos pasados con acontecimientos presentes bajo la idea de "cumplimiento" (*fulfillment*). El contenido específico de la historia del realismo literario occidental consiste en la figura de la "figuración" misma y su "idea" es inherente a la noción de cumplimiento progresivo de esa figura. El cumplimiento dota a la historia con el significado de un progreso hacia un objetivo que nunca es definitivamente realizable ni aún especificable. Es la clase sugerida por aquellas acciones de las que las personas moralmente responsables se piensan ser capaces, como, por ejemplo, cumplir una promesa. El hacer una promesa puede retrospectivamente deducirse de un cumplimiento pero un cumplimiento no puede ser inferido prospectivamente del hacer una promesa. Lo mismo sucede con

18. Giddens (1983 y 1998) .

19. En "History, the Referent, and Narrative: Reflections on Posmodernism Now", *History and Theory*, V. 38, 1, 1999, Perez Zagorin da una lista de filósofos de la ciencia y la teoría social (entre los que está Bhaskar) que defienden el realismo científico, sin ofrecer un análisis de estos tratamientos. Su defensa acérrima del objetivismo histórico contra el posmodernismo fracasa por no registrar la concepción pragmatista y wittgensteiniana que muchos de ellos sostienen. Bhaskar es uno de ellos y lo mismo podemos decir de Giddens y Hacking.

las relaciones entre los tipos de acontecimientos que deseamos llamar históricos por diferencia con los naturales. Un acontecimiento histórico aparentemente desconectado puede ser visto como el cumplimiento de uno anterior cuando los agentes responsables de la ocurrencia del último lo ligan “genealógicamente” al primero. El lazo no es causal: no hay necesidad en la relación entre el renacimiento italiano y la cultura greco latina, la relación es establecida retrospectivamente por la decisión de un cierto número de agentes históricos, de los tiempos de Dante, de elegir el prototipo del cual ser descendientes. El lazo no es genético: no va del pasado al presente. No hay fundamentos objetivos para ligar los dos acontecimientos como elementos de la misma secuencia histórica. El lazo no es teleológico: el fin, producir una figura definitiva de los acontecimientos, jamás es alcanzado.

Si bien la noción de “causalidad figurativa” es totalmente pertinente para la captación de la relación entre nuestras representaciones del pasado y nuestros intereses presentes, es una propuesta que en términos de Hacking describe una sola vía: la constructiva. Esto es, la causalidad figurativa no da cuenta de las condiciones materiales e ideológicas necesarias previas que hacen posibles ciertos tipos de acontecimientos e imposibles otros –condiciones que White mismo reconoce como relevantes,²⁰ y, que como he sugerido hasta aquí, sí es posible abordarlas desde los desarrollos de la teoría social. Ahora bien, la fertilidad teórica del discurso de la interacción quedará manifiesta si se lo utiliza para dar respuesta a las cuatro preguntas pendientes para el caso de la historiografía. A ello dedicaré lo que resta de trabajo utilizando algunos ejemplos de debates historiográficos contemporáneos.

IV. Nuestro tercer interrogante se dirige al hecho de si el reconocimiento de un sujeto con un interés práctico moral en relatar el pasado convierte inevitablemente a toda narrativa histórica en un artificio ideológico legitimador del presente y distorsionador del pasado. Podemos

20. Véase White (2003), donde hablando de los acontecimientos modernistas, acontecimientos propios del “...siglo veinte únicamente –acontecimientos que, a diferencia de, digamos, la revolución rusa de 1917, no podrían haber ocurrido antes o después de cuando de hecho ocurrieron.” ¿Por qué? “Porque las “condiciones materiales e ideológicas necesarias” para la ocurrencia de la revolución rusa existían mucho antes de 1917.” (n. 8, pág. 188)

decir que el discurso de la interacción permite hacerse cargo del carácter moral, no neutral del discurso humano, sin concluir de ello acerca del estatus ficcional del mismo o distorsionador de una realidad moralmente neutra. En la medida en que los conceptos que aparecen en las narrativas interactúan con las personas a las que se les aplica y esta interacción tiene consecuencias para la vida de las personas y de sus grupos, el interés práctico moral resulta ineliminable de la narrativa que contiene dichos conceptos, porque es inherente a la interacción social humana. En la introducción a la sugestiva y rica compilación *The Social Construction of the Past* (1994), Gilliam y Bond afirman que “Las construcciones sociales pueden reflejar la interrelación e interpenetración de las estructuras de pensamiento y de agencia humana que interactúan dentro de los campos económico y político complejos. Por un lado, ellos reflejan las formas en que las personas son definidas y actúan sobre y por los otros y, por el otro, ellas se definen a sí mismas” (pág. 5) Por ello, para estos autores, las investigaciones históricas y antropológicas –incluidas en la colección– se destacan todas por asumir el hecho de que los académicos no están por encima ni fuera de las sociedades sino que son agentes integrales dentro de ellas. Ahora bien, para los autores esta asunción impone la necesidad de desarrollar teorías de la conciencia y de la cultura. (Véase pág. 3) Es justamente en cuestiones de este tipo que veo pertinente exigir que cualquier teoría de los asuntos humanos dé cuenta de la interacción entre conceptos y prácticas.

En cuanto a si detrás de toda narrativa histórica siempre hay un sujeto nosotros al que le interesa contar el pasado para legitimarse –nuestra cuarta pregunta–, no tiene sentido buscar una respuesta excluyente. Más bien debemos decir que en muchos casos es así. Hay ejemplos típicos de investigación histórica emprendida con el objeto de proveer un pasado a minorías postergadas. Sin duda la motivación inicial tendrá una fuerte influencia en la modelación final de esas historias. La interacción entre tales descripciones y las comunidades descritas es clara. Pero no puede negarse por argumentos *a priori*, sin información documental adicional que lo atestigüe, que existan historias modeladas según otros intereses o motivaciones, tales como averiguar la tasa de nacimiento durante períodos de guerra y paz, o el recorrido de las rutas comerciales en la baja edad media, etc. En estos casos, la interacción entre estas descripciones y nuestras propias vidas es lejana y más aún impredecible. Pero no quiere decir que a la larga no pueda haberla. Justamente, como señala Berkhofer, Jr (1995), la representación colectiva de

lo ajeno requiere de una estrategia retórica o lingüística contrastante para personas, sociedades o culturas en términos de un nosotros y ellos. En el caso histórico, lo “ajeno” contrasta el “nosotros” y “ellos” en términos de “entonces” y “ahora”. (Véase pág. 177)

Los estudios históricos sobre los pueblos de la antigüedad suelen utilizarse como contraejemplo de la relación entre los debates historiográficos acerca del pasado y las disputas ideológicas del presente. Suele señalarse que si bien es imposible negar las consecuencias políticas para el presente que presentan los relatos acerca del Holocausto, las dos Guerras Mundiales o cualquier acontecimiento reciente, no queda muy claro como podrían influir en nuestra autoimagen o nuestros intereses políticos presentes diferentes relatos sobre, por ejemplo, los egipcios, los griegos, etc. Con respecto a estos últimos resulta ejemplificador uno de los trabajos incluidos en la compilación citada de Gilliam y Bond: “The Image of Ancient Greece as a Tool for Colonialism and European Hegemony” de Martin Bernal. Este autor señala que “‘Clásica’ es la disciplina académica considerada más alejada de la política.” (pág. 119) Sin embargo, estas suposiciones pueden ser desafiadas. En su libro *Black Athena: the Afroasiatic roots of classical civilization* (1987), argumentó que lejos de ser despojada y periférica, la disciplina académica alemana *Alttertumwissenschaft*, trasladada a Inglaterra y los Estados Unidos como ‘Clásica’, ha sido central a la cultura europea del norte en los siglos diecinueve y veinte y ha sido altamente ‘política’. “La investigación ‘Clásica’ ha incorporado patrones culturales en la sociedad como un todo y los han retroproyectado para proveer apoyo poderoso a la noción de Europa como portadora de una categórica superioridad sobre todos los otros continentes, lo cual a su vez justifica el imperialismo o neo-colonialismo como *missions civilisatrices*.” (pág. 119) Bernal encuentra útil distinguir dos modelos de los orígenes de la Antigua Grecia: el “antiguo” y el “ario”. Para el primero (desde Esquilo, Heródoto, etc.) Grecia había sido habitada por pelagianos y conquistada por egipcios y fenicios (africanos y semitas). Según el segundo, formulado en el siglo diecinueve, Grecia se desarrolló como resultado de las invasiones desde el norte por parte de pueblos de habla indo-europea. Si bien este modelo reconoce los elementos no indoeuropeos en la lengua griega, sostiene que tanto los invasores como los nativos eran ‘racionalmente puros’, aunque la conquista fue por parte de una rama superior de la raza blanca. Este modelo justificó la superioridad de la ‘civilización occidental’ y las pretensiones de sus clases gobernantes de conquistar, colonizar y por

tanto ‘civilizar’. Incorporó nociones de progreso y desarrollo contra las cuales los ‘no arios’ serían medidos y llegó a ser el criterio para evaluar a los pueblos, sus culturas y su habilidad para alcanzar la ‘modernidad’.

A partir de 1945, tras los sucesos del Holocausto y el surgimiento del Tercer mundo, asistimos, según Bernal, a una readmisión de los judíos como europeos. Desde los ‘60 se registra un abandono de una versión extremista del modelo ario por una versión ‘amplia’ del mismo, que niega las tradiciones egipcias pero acepta las fenicias (semitas). Por su parte, Bernal, promueve la restauración del modelo antiguo sobre bases de su mayor fertilidad heurística y corrección política. Ahora bien, Bernal no pretende reducir la discusión histórica clásica a cuestiones ideológicas, por el contrario, atestigua la importancia de la evidencia –en este caso lingüística– en la aparición del modelo ario y la creciente evidencia de la influencia egipcia y oriental en el egeo durante la Tardía Edad de Bronce y la Temprana Edad de Hierro, en la rehabilitación del modelo ario amplio y del antiguo. Pero en última instancia, puede verse que no son sólo los datos o los descubrimientos empíricos los que promueven la adopción o abandono de una interpretación. En definitiva, lo que ha tratado de mostrar es que desde la creación del modelo ario, la Antigua Grecia sirvió a dos propósitos: ser la primera civilización universal y al mismo tiempo el ancestro cultural de los europeos, dando a Europa el carácter universal como el continente que no es sólo la vanguardia del progreso mundial sino la esencia del mundo mismo. Particularmente para Bernal, atacar el modelo ario es importante no sólo porque se ha mostrado heurísticamente inútil sino políticamente pernicioso. De todos modos no creo necesario acordar con esta conclusión y convertirla en una prescripción metodológica general para las investigaciones históricas, pero sí tomar cuenta del hecho de que las descripciones del pasado interactúan con nuestras prácticas contemporáneas y el conocimiento de lo involucrado en estas descripciones puede obligarnos a modificar tales descripciones y nuestras prácticas. Esta última afirmación resultará justificada al abordar nuestro siguiente interrogante.

Justamente, en relación con el papel jugado por el historiador en la construcción de las narrativas se suscitaba la quinta pregunta: ¿puede éste registrar viejas referencias de los términos clasificatorios e interacciones de éstos con las personas y sus prácticas? ¿Por qué no? El cambio histórico no implica incognoscibilidad. Más bien, la noción de clase interactiva tiene el mérito de captar la historicidad de los conceptos y ca-

tegorías y explicar esa misma historicidad. En la medida en que las categorizaciones tienen consecuencias sociales y morales para los sujetos y su entorno, están sujetas a cambio. Ahora bien, me gustaría señalar acá un punto no tratado por Hacking pero que su concepción nos permite aventurar, el historiador muchas veces parece estar en un punto externo a los sucesos relatados y a las interacciones constatadas, simplemente registrando estas interacciones. En este sentido parece que el relato del historiador sólo representa a un pasado ajeno, sin embargo él también interactúa con su relato deconstructivo. Nuevamente Gilliam y Bond atestiguan este hecho al señalar que: “Los antropólogos y los historiadores son maestros constructores y, como consecuencia, sus roles en los campos complejos de la dominación y la subyugación necesitan ser cuidadosamente investigados. Sus actividades son parte integral del contexto y sustancia de la academia contemporánea.” (pág. 5) Otros dos recientes libros de historia ilustran mi punto. En el primero *Many Thousands Gone, The First Two Centuries of Slavery in North America* (1998), Ira Berlin se refiere a una controversia actual en torno a la esclavitud en Estados Unidos y a su relación con el racismo. Lo que reivindicará a los afroamericanos en ese país es el descubrir que la esclavitud fue una relación negociada: *El significado de las culturas esclavas para las relaciones de raza en el tiempo yace más en su afirmación de autonomía que en sus orígenes raciales.*²¹ En el segundo, *Queer Fictions of the Past. History, Culture, and Difference* (1997), Scott Bravmann aborda la historiografía *gay* y lesbiana o también llamada *queer*.

Ambos historiadores critican ciertas “construcciones sociales” sobre la “raza” en el primer caso y la “homosexualidad” en el segundo. La estrategia consiste en mostrar los defectos del concepto respectivo que ocasionan visiones estereotipadas del pasado y obscurecen diferencias

21. Edmund Morgan expresa muy claramente la tesis de Berlin, “donde la esclavitud era menos opresiva y las relaciones de raza más soportable los esclavos eran incapaces de desarrollar una cultura rica ...donde más opresiva, la cultura esclava fue más fuerte, más africana, más autónoma, más antagónica. ...mientras la formación de su propia cultura fue en sí misma un acto de resistencia por parte de los esclavos, creando una cultura autónoma los esclavos también facilitaban los tormentos de la esclavitud, su creatividad cultural creaba adaptación.” “The Big American Crime”, *The New York Review of Books*, December 3, 1998, p. 14.

relevantes en el presente. Ahora bien, ambos historiadores son conscientes de las consecuencias presentistas, y en cierto modo negativas, de estas narrativas estereotipadas. Justamente, el estereotipo del esclavo negro como una víctima despojada de su humanidad por los blancos en el caso de Ira Berlin, es considerado “uno de los principales apoyos contemporáneos al prejuicio racial en América,” porque hizo del Negro “un hombre sin un pasado,” no merecedor del respeto que otros grupos étnicos heredaron de la identificación con sus progenitores.²² Por su parte, Scott Bravmann señala que aunque la teoría constructorista social es dinámica y prometedora en relación con la comprensión del pasado y el presente, estos estudios de la emergencia de la identidad *gay* y lesbiana han fracasado relativamente en reconocer antagonismos de raza, género y clase (entre otros) “dentro” de esa identidad.²³ Para superar estas limitaciones ambos autores proponen nuevos conceptos clasificatorios o llaman la atención a otras categorías que interactúan solapadamente en la identidad de dichas personas. Por último, y este es el punto más importante para mí, ambos historiadores están involucrados en las historiografías que producen pues ellas los afectan también como actores sociales. Ningún historiador –sea cual sea su propia pertenencia identitaria y en esto Berlin no es una excepción– dedicado a la historiografía de la comunidad afroamericana, resultará inmune a las narraciones y conceptualizaciones históricas que proponga. Berlin-persona interactúa con la clase social raza, esto es, la reescritura de la historia de la comunidad afroamericana involucra la reescritura de las historias de todas las otras identidades que conformaron los Estados Unidos de América, reescrituras que necesariamente tendrán consecuencias prácticas

22. “...ha llegado a estar de moda declarar que la raza es una construcción social...pero mientras la creencia en que la raza está socialmente construida ha ganado un lugar privilegiado en los debates académicos contemporáneos, ha ganado pocas batallas prácticas. Pocas personas lo creen, menos actúan sobre ello... Quizá esto sea a que la teoría no es completamente correcta. Raza no es simplemente una construcción; es un tipo particular de construcción –una construcción histórica.” (pág. 1)

23. Al destacar lo diacrónico o las rupturas históricas entre construcciones sociales de la “homosexualidad”, estos proyectos relacionados han subenfatisado lo sincrónico o las rupturas contemporáneas entre construcciones sociales de la homosexualidad y sus historias específicas. (Véase pág. 5)

en el presente. El caso de Bravmann es aún más interesante pues él mismo atiende expresamente a la cuestión, señalando una paradoja. Todo escrito es en algún sentido autobiográfico pero él necesitaba transgredir cierta autobiografía en la cual él era el único foco de atención, ahora, cuando se enfrentó a objeciones acerca de su intento de revisión de una historia unificada de homosexuales y lesbianas, recuperando la categoría de género, se encontró a sí mismo argumentando que entonces también debería abandonar “raza” y cualquier otra categoría de diferenciación social. Pero bajo tales condiciones lo único que podría haber escrito es sobre prácticas culturales de homosexuales blancos (su propia identidad individual). Bravmann señala, que la estrechez de tal proyecto le parece no sólo insostenible en el mundo de diferencias complejas e intersectantes que informan las relaciones sociales *queer*, sino también insostenible para sus necesidades privadas (ésta es la paradoja), pues él quería escribir un libro sobre las múltiples diferencias de homosexuales y lesbianas. (Véase pág. XI) Es decir, podemos concluir que no se trata de encontrar la “categoría” única sino en reconocer como la identidad está trasvasada por múltiples clasificaciones, como nuestra identidad personal y colectiva está atravesada por múltiples narrativas, muchas veces en conflicto –aspecto destacado por D. Carr.

En fin, podemos decir hasta aquí que es justamente el carácter interactivo, la relación entre nuestras descripciones y nosotros mismos, actores e historiadores, en nuestra sociedad presente, lo que hace que la historia nos importe, que necesitemos tener un pasado que nos legitime. Nosotros, actores y relatores, hombres ordinarios e historiadores, interactuamos con las narrativas que construimos y que construyen acerca de nosotros. Los sujetos del pasado han a su vez interactuado con otras narrativas.²⁴ La dimensión moral, las consecuencias legítima-

24. La noción de interacción se aplica a conceptos y personas a las que se les aplica el concepto. En el caso de la narrativa historiográfica es la interacción entre el sujeto que construye la narrativa: historiador y actores en el presente y conceptos y narrativa en la matriz social. Son los actores del presente los que deconstruyen o construyen el pasado para legitimar la situación presente. Como me observó Maria Inés Mudrovic son los descendientes de los esclavos los que interactúan con la clasificación. Pero esta lectura no se aplica a mujeres y homosexuales y otras categorías para los que llamarlos descendientes resulta forzado. Es porque hoy nos rebelamos a ser consideradas el sexo débil que re-

doras están siempre presentes. La manera en que conceptualizamos el pasado o el presente siempre tiene consecuencias práctico-morales. Hemos sido, somos y seremos dominados por las descripciones o liberados por ellas. Pero ni el historiador ni nosotros manejamos nuestro pasado a voluntad, no inventamos a voluntad nuestras descripciones ni las consecuencias sociales de las mismas. El pasado construido por el historiador no siempre es el pasado que todos quieren que él construya. El *looping effect* develado por Hacking capta muy bien esta relación sin caer en dicotomías del tipo ficcionalismo versus descriptivismo literal.

Y así llegamos a nuestra última cuestión: ¿por qué reescribimos la historia? ¿Por qué ninguna representación del pasado es definitiva? Como he estado exponiendo e ilustrando a lo largo de este trabajo, la conexión entre las relaciones y prácticas sociales por un lado, y las representaciones, conceptualizaciones y narraciones que hagamos de ellas, por el otro, es de un tipo interactivo, esto es, involucra una interdependencia causal. Esto es, por un lado, los procesos por los cuales son conocidas las relaciones y prácticas sociales involucran cambios en las propias prácticas y relaciones, las personas no quieren seguir siendo etiquetadas de ciertos modos, rechazan ser estigmatizadas de una cierta manera y se promueve, a veces con éxito, modificar las instituciones que contribuyen a tales etiquetas y estigmas.²⁵ Por otra parte, el proceso por el cual, las personas se hacen concientes de aquellas clasificaciones que rechazan ya involucra un cambio y aparición de otra clasificación y cambios en las prácticas de todos aquellos involucrados: las propias personas a las que se les aplican estas conceptualizaciones como las de aquellos con los que se relacionan, ya de modo directo o a través de las instituciones. Ahora bien, y este es punto fundamental para comprender mi argumentación, esta descripción nos permite afirmar que la interacción causal entre representaciones y prácticas, en la que el cambio en un lado, exige el cambio del otro, deja en evidencia la historicidad inherente tanto de las relaciones y prácticas como de las repre-

chazamos categorías del pasado y reescribimos nuestra historia. O porque ya no consideramos que nuestros patrones sean los dueños de la empresa como algo que es su propiedad privada inalienable.

25. A veces debemos ser más drásticos y crear espacios acordes a las nuevas demandas: como puede ser las oficinas de la mujer refugiada.

sentaciones que se hagan de ellas, historicidad que no es más que el resultado de esta continua interacción causal.

En otras palabras, si los cambios en las representaciones pueden causar transformaciones en las relaciones y prácticas sociales, al tiempo que cambios en las relaciones y prácticas sociales exigen cambiar las representaciones, entonces la inalcanzable coincidencia especular entre relaciones y prácticas con las representaciones de ellas, no debería ser vista como un signo del fracaso de la representación o del carácter distorsionante de toda representación lingüística (como habría señalado White acerca de la configuración narrativa). Por el contrario, debe verse como el signo de la historicidad de las representaciones y de lo representado por ellas, historicidad producto de su continua interacción causal. En suma, si se reconoce una dimensión práctica inherente a las representaciones sociales, así como una relación de interacción con las personas y sus prácticas a las que pretenden representar, dichas representaciones no pueden ser evaluadas según su adecuación en términos de una relación de reflejo o especular. Como nos ha permitido ver Hacking la interacción causal se da entre conceptos y personas, entre narraciones y grupos, relación que ocurre en el marco de matrices sociales que se ven a su vez modificadas por dicha interacción causal. Es justamente por esta compleja interacción causal entre historias vividas y historias contadas, la segunda constituyendo a la primera y la primera restando vigencia a la segunda en la medida en que es conocida, que la historia debe ser escrita y reescrita una y otra vez.

UBA Filosofía y Letras, UNTREF-posgrado

BIBLIOGRAFÍA

- ANKERSMIT, F. R. (1986): "The dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", *History and Theory*, XXV, Bei 25.
- BERKHOFER, Jr., R. (1995): *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- BERLIN, I. (1998): *Many Thousands Gone, The First Two Centuries of Slavery in North America*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England.
- BERNAL, M. (1987): *Black Athena: the Afroasiatic Roots of Classical Civilization*. Vol. I. *The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*. London & New Brunswick: Free Association Books & Rutgers University Press.
- BERNAL, M. (1994): "The Image of Ancient Greece as a Tool for Colonialism and European Hegemony", en Bond y Gilliam (comps.) (1994)
- BHASKAR, R. (1979): *The Possibility of Naturalism*, (Brighton, Harvester)
- BOND, G. y GILLIAM, A. (comps.) (1994): *The social Construction of the Past: Representation as Power*. Routledge, New York and London.
- BRAVMANN, S. (1997): *Queer Fictions of the Past. History, Culture, and Difference*, Cambridge University Press.
- CARR, D. (1986): *Time, Narrative and History*. Indiana University Press, Bloomington Indianapolis,
- CARR, D. (1998): "Narrative and the Real World: An Argument for Continuity", *History and Theory*. Contemporary Readings. Bryan Fay, Philip Pomper y Richard Vann (eds), Blackwell, publicado originalmente en *History and Theory*, vol. XXV, N 2, 1986, pp. 117-131.
- GIDDENS, A. (1983): *Profiles and Critiques in Social Theory*, University of California Press
- GIDDENS, A. (1998): *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu ed. (primera ed. en inglés, 1984)
- HACKING, I. (1995): "The looping effects of human kinds", en Sperber y Premack (comps) *Causal Cognition: A Multidisciplinary Approach*. Oxford, Clarendon Press.
- HACKING, I. (1999): *The Social Construction of What?*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England.
- HACKING, I. (2002): *Historical Ontology*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England.
- LE GOFF, J. (1991): *Pensar la historia*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires.
- NORMAN, A. (1991): "Telling It Like It Was: Historical Narratives on their Own Terms", *History and Theory*, vol. XXX, N 2.
- RICOEUR, P. (1995): *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. S. XXI, México, Tomo 1, cap. 3
- WHITE, H. (1992): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, México. (1ª ed. en inglés 1973)
- WHITE, H. (1992): "El valor de la narrativa en la representación de la realidad", en H. White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós, Barcelona.
- WHITE, H. (1996): "El acontecimiento modernista", en White (2003).

- WHITE, H. (1996): "Auerbach's Literary Theory. Figural Causation and Modernist Historicism", en White (1999).
- WHITE, H. (1999): *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- WHITE, H. (2003): "Tropología, discurso y modos de conciencia humana", en H. White, (2003) *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.

ABSTRACT

During the past thirty years, the so-called narravistic philosophy of history has deployed a sustainable research programme devoted to the poetic and textual mechanisms involved in the construction of historiographic discourses. However, although the textual approach has been essential in acknowledging the moral and aesthetics dimensions of history as unyielding to a descriptive dimension, it does not help us to appreciate the link that joins both dimensions to the past. The strategy that equals history and literature together with the rejection in considering history a social science are based on the acritical acceptance of –in some way– positivistic conceptions of theory and science: ones that do not admit the existence of a link between social and moral situations. Paradoxically, it is in the field of social sciences, particularly in social theory, where we may find a non-distorting analysis of the connection established between reality and practical-moral concepts and understandings. It is this particular bond between concepts and their referents what has been called "interaction" by Ian Hacking and Roy Bhaskar and 'structuration" by Anthony Giddens. This paper is aimed to show that the notion of 'interaction': I) offers an adequate explanation of the historicity (and change thorough time) of concepts used in historical narratives, II) in order to deal with the link between concepts and what they refer to, is an alternative to the critised notion of 'representation'; and III) can become a sustainable alternative to the fictionalist approach of narrativism, managing to avoid supporting a naive realism.